



FORMANDO UNA
DENTIDAD DE REINO

SIETE VALORES - PARA HOMBRES



Elaborado por y para Tres|Dieciséis
Texto: generado con ayuda de ChatGPT
Imágenes: creadas con Midjourney
Idea y desarrollo: Hans Andereya - Junio 2025
contacto@TresDieciseis.es
www.TresDieciseis.es

Las citas bíblicas utilizadas en este documento han sido tomadas de:

Traducción en Lenguaje Actual (TLA)
© 1996, 2000, 2005 por Sociedad Bíblica Americana. Usado con permiso.

Palabra de Dios para Todos (PDT)
© 2005 por Biblica, Inc.® Usado con permiso. Todos los derechos reservados.

Nueva Versión Internacional (NVI)
© 1973, 1978, 1984, 2011 por Biblica, Inc.® Usado con permiso. Todos los derechos reservados.

Reina-Valera 1960 (RVR1960)
© 1960, 1998 Sociedad Bíblica Trinitaria. Usada con permiso.

INTRODUCCIÓN

“Valores del Reino (sin sandalias ni sermones de tres horas)”

¿Otro libro de valores cristianos? ¿En serio? ¿Ahora nos toca sentirnos culpables porque no somos suficientemente espirituales, no oramos como deberíamos y no leemos Levítico sin bostezar?

Tranquilo. Respira. Este no es ese libro. Aquí no vinimos a darte una lista de lo que “tienes que hacer”. Vinimos a recordarte quién eres y a quién sigues. Y sobre todo: por qué vale la pena vivir así.

Porque ser parte de Tres|Dieciséis no se trata de ser “el mejor cristiano en la sala”, sino de caminar juntos hacia algo más grande que nosotros: el Reino de Dios. Un Reino real. Actual. Poderoso. Y, sí, con valores que no se negocian.

¿Y sabes qué? Eso se nota.

No solo en lo que predicamos o en las reuniones bonitas del domingo. Se nota cuando alguien decide hacer bien su trabajo aunque nadie lo vea. Cuando otro prefiere perdonar antes que tener razón. Cuando uno da sin esperar aplausos, y otro sirve con una sonrisa mientras arrastra una silla.

Eso es Reino.

Y eso —spoiler alert— mueve montañas.

En Tres|Dieciséis, después de vivir, orar, meter la pata y volver a empezar más veces de las que nos gustaría admitir, hemos aprendido algo: Si queremos ser una iglesia con visión de Reino, necesitamos más que buena música y café gratis.

Necesitamos valores claros.

Y no solo valores que suenen bien... sino valores que se vivan bien.

Por eso este libro.

Para ayudarte a entender, abrazar y poner en práctica los siete valores que forman el ADN de esta iglesia.

Siete formas muy concretas de vivir como hombres del Reino. No como monjes aislados, ni como creyentes con cara de “domingo eterno”... sino como hombres reales, con trabajo, hijos, facturas, dudas, humor... y fe.

Estos son nuestros siete valores:

1. Jesucristo es nuestro enfoque
2. Las personas son nuestra prioridad
3. La generosidad es nuestra marca
4. La excelencia es nuestro estilo
5. El servicio es nuestra pasión
6. La gracia es nuestra respuesta
7. La integridad es nuestra identidad

Cada uno tiene su capítulo, su historia, sus ejemplos, sus retos.

Y no, no hace falta ser un teólogo ni un héroe de la fe para vivirlos. Solo hace falta estar dispuesto a dejar que Jesús viva en ti... y se note.

Así que prepárate para reír, reflexionar, recordar por qué haces lo que haces y quizá, solo quizá... redescubrir que ser parte del Reino no es solo una creencia: Es una forma de vivir. Y menuda forma.

¿Listo?

Bienvenido a los valores del Reino. Versión Tres|Dieciséis. Donde seguimos a Jesús... y además nos cae bien.

CÓMO USAR ESTE LIBRO...

...sin convertirlo en pisa-papeles espiritual

Antes de que lo leas todo en una sentada —como quien se atraganta con una serie en Netflix—, déjame darte un consejo pastoral y práctico: este libro no fue escrito para que lo devoraras, sino para que lo vivieras.

La idea es sencilla:

- Un capítulo por semana.
- Lo lees con calma.
- Lo rumias (como vaca madura del evangelio).
- Y al final... aceptas tres retos semanales.

Sí, tres. Y no, no son saltos cuánticos ni pruebas de fe a lo Moisés.

Son pequeños pasos, con intención, que te ayudarán a aterrizar lo que has leído en la vida real. (Ya sabes, esa vida de correos sin leer, facturas por pagar y niños que gritan justo cuando vas a orar.)

¿Por qué una semana por capítulo?

Porque necesitamos más tiempo para digerir valores que para ver un video de YouTube.

Queremos que cada uno de estos 7 valores del Reino no solo te suene bonito, sino que te resuene por dentro. Que no se queden en frases para apuntar... sino que se transformen en decisiones, gestos, hábitos, cultura. Y eso —lo sabemos todos— no pasa en modo rápido.

Además, si haces los retos solo “de lectura”... te perderás la mejor parte. Es como ir al gym a mirar las máquinas. O como comprarte café para olerlo. Lo bueno no es saberlo. Lo bueno es hacerlo.

Así que hazte un favor:

- Lee lento.
- Piensa profundo.
- Ríete en el camino.
- Y comprométete con los tres retos al final de cada capítulo. (No porque seas perfecto... sino porque estás en formación. Y lo sabes.)

Y si fallas una semana...

No te castigues ni quemes el libro.

Vuelve al punto donde te quedaste y sigue adelante.

Porque esto no es una carrera de rendimiento espiritual, es una travesía de transformación.

¿Listo? Café en mano, Biblia cerca, corazón dispuesto. Dale al primer capítulo.

Y que comience la aventura de vivir el Reino... desde donde estás.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

CÓMO USAR ESTE LIBRO

1. JESUCRISTO ES EL ENFOQUE

- Cuando la vida se acelera y el corazón se distrae
- Marta y María: prioridades en tensión
- Jesús: el centro, no solo una parte de la agenda
- Aplicación práctica: en el día a día, la iglesia y la vida misional
- Tres retos para esta semana

2. LAS PERSONAS SON LA PRIORIDAD

- Rostros que se nos escapan en medio del ritmo
- La mujer del flujo de sangre y el Dios que se detiene
- El valor eterno de cada persona en la mirada de Jesús
- Aplicación práctica: en lo cotidiano, en comunidad, en misión
- Tres retos para esta semana

3. LA GENEROSIDAD ES LA MARCA

- Cuando sentimos que no hay suficiente
- La viuda del templo: lo poco hecho abundancia
- Generosidad como acto de fe y cultura del reino
- Aplicación práctica: en casa, en la iglesia y en el mundo
- Tres retos para esta semana

14. LA EXCELENCIA ES EL ESTILO

- Hacer lo justo vs. dar lo mejor
- El perfume derramado: amor que no escatima
- La excelencia como reflejo del Rey que servimos
- Aplicación práctica: en lo simple, en lo compartido y en lo público
- Tres retos para esta semana

5. EL SERVICIO ES LA PASIÓN

- No es obligación, es una forma de vivir
- Jesús lavando los pies: el liderazgo desde el suelo
- El servicio como gozo, no como tarea
- Aplicación práctica: en casa, con otros, en misión
- Tres retos para esta semana

6. LA GRACIA ES LA RESPUESTA

- Fracasar no te descalifica
- Pedro y la mirada que no condena
- La gracia que transforma corazones y comunidades
- Aplicación práctica: hacia uno mismo, en la iglesia, en lo cotidiano
- Tres retos para esta semana

7. LA INTEGRIDAD ES LA IDENTIDAD

- Vivir sin dobleces, sin máscaras
- Jesús en el desierto: identidad que no se negocia
- La integridad como reflejo del corazón del Padre
- Aplicación práctica: coherencia en todo terreno
- Tres retos para esta semana

EPÍLOGO



JESUCRISTO ES
EL ENFOQUE

JESUCRISTO ES EL ENFOQUE

Cuando la vida corre y el corazón olvida

Mira, hay mañanas que uno se levanta y siente que ya va tarde... aunque ni sepa a dónde. Días que empiezan como si ya fueras perdiendo 1-0. Te suena, ¿verdad? El móvil empieza a sonar como si estuvieras en la torre de control del aeropuerto: WhatsApps, recordatorios, correos del curro... y tú con el café todavía sin servir. Abres el ojo y ya estás corriendo, aunque el cuerpo todavía esté en el quinto sueño.

Y así, sin darte cuenta, te metes en el modo supervivencia. Vas apagando fuegos: que si el coche no arranca bien, que si el crío tiene mocos, que si el jefe quiere un informe “para ayer”. Y tú ahí, capeando el temporal, dándolo todo, pero con la sensación de que el día te pasó por encima como un camión de plátanos.

Y en medio de ese tsunami cotidiano, hay un pensamiento que a veces se cuela de puntillas, como un susurro que se te mete entre ceja y ceja:

“¿Esto era la vida con propósito de la que hablaban en la iglesia?” Porque si somos honestos, hay días que parecen más una maratón sin meta que un camino con dirección.

Es ahí, justo ahí, donde vuelve a sonar una frase que tal vez escuchaste de chiquillo, o viste en una camiseta cristiana de los 90: “Puestos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de nuestra fe” (Hebreos 12:2). Y ojo, que no es solo una cita de corcho o de taza motivadora. Es una llamada a parar el carro, levantar la mirada y recordar quién lleva el volante de esta guagua.

Porque cuando todo se acelera, cuando la presión aprieta, cuando te sientes más bombero que creyente, lo que necesitas no es un nuevo plan de productividad ni un café más cargado. Necesitas reenfocar. Necesitas volver a mirar al que no se despista, al que no corre, al que no se agobia: Jesús.

Y no hablamos de una mirada fugaz, rollo “sí, Señor, gracias, amén”. Hablamos de mirarlo como quien mira el horizonte cuando está perdido en el monte. Como quien encuentra el faro en medio del temporal. Como quien sabe que, si no lo ve a Él, se pierde en todo lo demás.

La historia de Jesús: Marta, María y nosotros

Este episodio es de esos que uno ha oído mil veces, pero que te pega diferente cuando estás en plena adultez, con facturas, con hijos, con agotamiento nivel “domingo por la tarde”. Jesús visita la casa de Marta y María, y la cosa se pone interesante.

Marta está haciendo lo que haría cualquier canario decente con visita importante: poner la casa como los chorros del oro, tener la pata asada a punto, y asegurarse de que la loza esté más blanca que las nubes del Teide. Está currando. Está sirviendo. Está... hasta arriba.

Y María, en cambio, está sentada. Sí, sentada. En el suelo. Escuchando a Jesús. Sin agobios, sin escobas, sin bandejas. Solo escuchando.

Marta, que no es de las que se guardan las cosas, va directa a Jesús: “¿Tú no ves que esta está aquí de cháchara y yo partiéndome el lomo? Dile algo, por favor”. Pero Jesús, con esa calma que desarma, le responde: *“Marta, Marta, estás preocupada por muchas cosas... pero solo una es necesaria. Y María ha escogido la mejor parte”* (Lucas 10:41-42, versión revisada por el Espíritu Santo... y por la realidad).

Y ahí te pega. Porque tú eres Marta. Yo soy Marta. Nosotros somos Marta con frecuencia. Corriendo de un lado a otro, queriendo hacerlo todo bien, sintiendo que si no lo haces tú, no se hace. Y Jesús, sin despreciar tu esfuerzo, te recuerda: “No te olvides de sentarte conmigo. Que en medio de tanto hacer, también estás llamado a ser. A ser hijo. A ser amado. A ser libre”.

Y eso, hermano, no lo sustituye ni el mejor planning, ni la mejor jornada de trabajo, ni la agenda más bien organizada. Porque lo urgente siempre grita, pero lo importante suele susurrar.

Por qué Jesús debe ser nuestro enfoque

Jesús no es una parte de tu vida, como el aceite del coche que revisas de vez en cuando. Él es el motor entero. Sin Él, no hay rumbo. Sin Él, lo que hacemos se convierte en ruido con pretensiones.

Y no, no hablamos de “tener más tiempo devocional” (aunque eso viene bien). Hablamos de que todo en tu vida —el curro, la familia, la lucha interior, la manera en que reaccionas cuando te cierran con el coche—, todo esté atravesado por Su presencia.

Cuando tienes a Jesús al centro, los problemas no desaparecen, pero dejan de tener la última palabra. El estrés no se esfuma, pero se enfrenta con otra fuerza. La vida sigue siendo compleja, pero tú ya no estás solo.

Como dijo el salmista: *“Contigo está el manantial de la vida; en tu luz vemos la luz”* (Salmo 36:9). Jesús no es solo la linterna; es el sol entero. Y cuando lo tienes a Él en el centro, hasta los días oscuros tienen algo de claridad.

Aplicación personal: Entre las tareas y el alma

Aquí es donde se pone real. Porque tú, yo, todos, sabemos que el día a día no da tregua. Hay que pagar la hipoteca, llevar los niños al cole, soportar a ese compañero que parece sacado de una telenovela venezolana. Y en medio de todo eso, a veces, Jesús se convierte en una notificación ignorada más.

Pero ¿y si no tuviera que ser así? ¿Y si no se tratara de añadir otra “tarea espiritual” a la lista, sino de integrar a Jesús en cada parte de tu jornada?

Jesús quiere estar contigo cuando estás cambiando una rueda, no solo cuando estás en la iglesia.

Le interesa lo que pasa cuando estás en la cola del súper, cuando estás frustrado en una reunión, cuando estás a punto de perder la paciencia con tu hijo. Ahí también es centro. Ahí también es Rey.

¿Y sabes qué? Él no se ofende por tus despistes. No se decepciona por tu torpeza espiritual. Él solo te dice: “Estoy aquí. Vamos juntos. No tienes que hacerlo solo”.

En la iglesia:

Mirando a Jesús en cada encuentro

En la iglesia también pasa esto. A veces estamos tan ocupados sirviendo, organizando, resolviendo, que se nos va el alma en el proceso. Como si Jesús fuera el jefe de una empresa y nosotros sus empleados sobrecargados.

Pero la iglesia no es una empresa. Es una familia. Y tú no estás ahí para demostrar que vales, sino para recordar que eres amado. Cuando Jesús está en el centro, los roles se vuelven secundarios. Lo importante no es quién predica, quién canta o quién pone las sillas. Lo importante es que todos estamos apuntando hacia la misma persona:

Cristo.

Y cuando eso pasa, la comunidad deja de ser un campo de batalla egos y se convierte en un espacio donde puedes respirar, fallar, crecer y volver a empezar.

En la vida misional:

Mostrando a Jesús sin palabras

Aquí está la clave, socio: en el trabajo, en el bar, en la obra, en la oficina, en la cancha... la gente no necesita que le sueltes sermones. Necesita ver a Cristo en ti. Y no en tu perfección (porque no la tienes), sino en tu humanidad redimida.

En cómo reaccionas cuando las cosas no salen. En cómo tratas al que te cae mal. En cómo pides perdón cuando te equivocas. En cómo amas sin necesidad de tener la razón.

Ser misional no es llevar una Biblia en la mano. Es llevar a Cristo en el corazón. Es tener el foco puesto en Él, y dejar que Su gracia fluya por tus grietas. Es vivir de tal manera que los que te rodean quieran saber qué es eso que te mantiene en pie cuando todo se tambalea.

**“CUANDO TODO GRITA
POR TU ATENCIÓN, QUE
SEA LA VOZ DE JESÚS LA
QUE MÁS FUERTE
RESUENE EN TU ALMA.”**

TRES RETOS PARA ESTA SEMANA

1. El reto del “mírame a mí”

Antes de tocar el móvil, toca el cielo. Sí, haz el esfuerzo de empezar tu día con Jesús, no con notificaciones. Incluso si es en el coche camino al curro o mientras te cepillas los dientes. No se trata de cantidad, sino de dirección: ojos en Cristo.

2. El reto del “reseteo al mediodía”

A mitad del día, haz una pausa para recentrarte. Puede ser un versículo, una oración rápida, un “Jesús, sigo contigo”. Porque a veces el día se va de las manos antes del almuerzo. Y necesitas reconectar con quien lleva el volante.

3. El reto del “cierra el día con gratitud”

Antes de acostarte, repasa el día con Jesús. No para flagelarte, sino para agradecer. Aunque haya sido un caos, Él estuvo. Acaba el día donde lo empezaste: con los ojos en el Rey.

2

LAS PERSONAS SON
LA PRIORIDAD

LAS PERSONAS SON LA PRIORIDAD

Gente, gente... ¡y más gente!

A ver, seamos sinceros: estamos rodeados de personas. Familia, compañeros de trabajo, vecinos, clientes, hermanos de la iglesia... Y aunque muchas veces los queremos, también nos agotan. No es que seamos asociales, pero hay días en que uno se pregunta si el problema es la humanidad entera.

¿Nunca te ha pasado?

Vas conduciendo y el que va delante parece que ha olvidado que el acelerador existe. Entras al curro y el compañero ya está soltando su negatividad como si fuera ambientador tóxico. Llegas a casa y los niños están gritando como si estuvieras en un capítulo de Survivor edición parental.

Y en medio de todo eso... aparece Jesús y te dice: "Ama a tu prójimo como a ti mismo."

Y uno piensa: "Señor... ¿no tienes algo más fácil? Como cruzar el Mar Rojo sin mojarse".

Pero este capítulo no va de aguantarnos los unos a los otros con cara de mártir. Va de aprender a ver a las personas como las veía Jesús. No como obstáculos, interrupciones o cargas. Sino como lo que son: personas valiosas, hechas a imagen de Dios, tan necesitadas de gracia como tú.

Y sí, hay días que cuesta. Pero cuando Jesús es el centro, algo cambia. Aprendemos a mirar como Él. A parar, escuchar, tener paciencia... incluso con el que no se ducha o el que cree que el WhatsApp es una herramienta de tortura masiva.

La historia de Jesús: La mujer del flujo de sangre

Imagina esta escena. Jesús va caminando rodeado de gente. Está en plena “operación milagro”, con una agenda apretada. Todos lo quieren tocar, hablarle, pedirle algo. Es como si fuera el Messi del momento, pero sin escoltas ni manager.

Y en medio de esa multitud, aparece una mujer marginada, enferma, excluida por la sociedad. Nadie la ve, nadie la espera, nadie le da bola. Pero ella tiene algo que los demás no tienen: una fe temblorosa, sencilla, pero real. Se acerca sigilosamente y toca el borde del manto de Jesús. Solo eso.

Y ¡boom! Milagro. Jesús se para. Literal. En medio del gentío, del barullo, de la agenda apretada, Él se detiene. “¿Quién me ha tocado?”, pregunta. Los discípulos flipan. “Señor, ¿cómo que quién? ¡Si te están apretando por todos lados!”

Pero Jesús sabía que alguien lo había tocado con fe. Y cuando esa mujer, temblando, se da a conocer... Jesús no la regaña. No le dice: “No era el momento, señora”. Le dice: “*Hija, tu fe te ha sanado. Vete en paz.*” (Lucas 8:48)

La llama hija. Le devuelve dignidad. Le devuelve el alma. La ve. La escucha. La reconoce.

Y aquí está el punto, amigo: Jesús siempre tiene tiempo para la persona. No para la masa, no para el proyecto, no para la actividad. Para la persona concreta que tiene delante. Y tú y yo, si lo seguimos, estamos llamados a hacer lo mismo.

Por qué las personas deben ser nuestra prioridad

Jesús no vino a este mundo para fundar una ONG o liderar una empresa con KPI's y hojas de Excel. Vino a buscar personas. A restaurar lo que estaba roto. A sanar lo que parecía perdido.

Cuando hacemos de las personas una prioridad, estamos diciendo: “He entendido el evangelio. No se trata de mí. Se trata de amar como fui amado.”

El problema es que vivimos en una cultura donde lo importante es ser productivo, rápido y eficiente. ¿Y sabes qué? Las personas no son ninguna de esas tres cosas.

Las personas son lentas, complejas, impredecibles... y gloriosamente hermosas. Amarlas requiere tiempo, interrupciones, esfuerzo, gracia... y muchas veces, sentido del humor. Pero vale la pena.

Porque cada vez que te detienes para escuchar, cada vez que perdonas a alguien difícil, cada vez que eliges mirar con compasión en lugar de juicio... estás imitando a Cristo.

Y no lo hacemos para ganar puntos celestiales. Lo hacemos porque ya fuimos amados. El apóstol Juan lo clavó: *“Nosotros amamos, porque Él nos amó primero.”* (1 Juan 4:19)

Aplicación personal: No pierdas de vista el rostro

Esta semana, detente un segundo y mira alrededor: ¿Quién hay cerca que necesita algo más que un saludo automático?

Puede ser tu colega de curro que hace días que no sonríe. O tu hijo, que no necesita más normas, sino un abrazo sin reloj. O esa persona que no te cae especialmente bien, pero que te necesita más de lo que imaginas.

Empieza por ahí. Un café. Una palabra. Una mirada con intención. Un WhatsApp honesto.

No tienes que resolver la vida de nadie. Solo estar presente con amor. Como Jesús.

En la iglesia: Más que tareas, personas

Hay domingos que parece que estamos montando un evento en el Auditorio de Tenerife. Preparar la sala, el sonido, las luces, el café, los carteles, los niños, las sillas... Y todo eso está bien. Pero a veces olvidamos que lo importante no es lo que hacemos, sino para quién lo hacemos.

La iglesia no es un circo que hay que montar. Es una familia de redimidos. Y cada persona que entra, incluso el que se sienta solo en la esquina y no habla con nadie, es valiosa para Dios.

Haz el ejercicio: este domingo, en vez de correr de un lado a otro como técnico de Fórmula 1, para un momento.

Mira quién está solo. Mira quién parece distante. Acércate. Pregunta. Sonríe. Escucha.

Porque el evangelio no se predica solo desde el púlpito. Se predica en los abrazos, en los silencios, en los gestos pequeños. Y tú puedes ser parte de eso.

En la vida misional:

Evangelismo con orejas, no con megáfono

Hay una forma de evangelizar que empieza con... cerrar la boca y abrir las orejas. Porque, antes de que alguien quiera escuchar a Jesús, necesita sentirse escuchado por ti.

Y no, no siempre toca sacar el Nuevo Testamento del bolsillo como si fueras un ninja del evangelio. A veces basta con un café sincero, una conversación sin juicio, una pregunta honesta.

La gente que no conoce a Jesús no necesita ser corregida. Necesita ser amada.

Y eso empieza con tu mirada, tu tiempo, tu paciencia. Porque cuando aman a alguien como Jesús ama... quieren conocer al Jesús que está detrás de eso.

**“JESÚS NO PASÓ POR LA
VIDA APURADO, Y TÚ
TAMPOCO ESTÁS
LLAMADO A CORRER SIN
MIRAR A LOS OJOS.”**

TRES RETOS PARA ESTA SEMANA

1. El reto del “ver más allá del ruido”

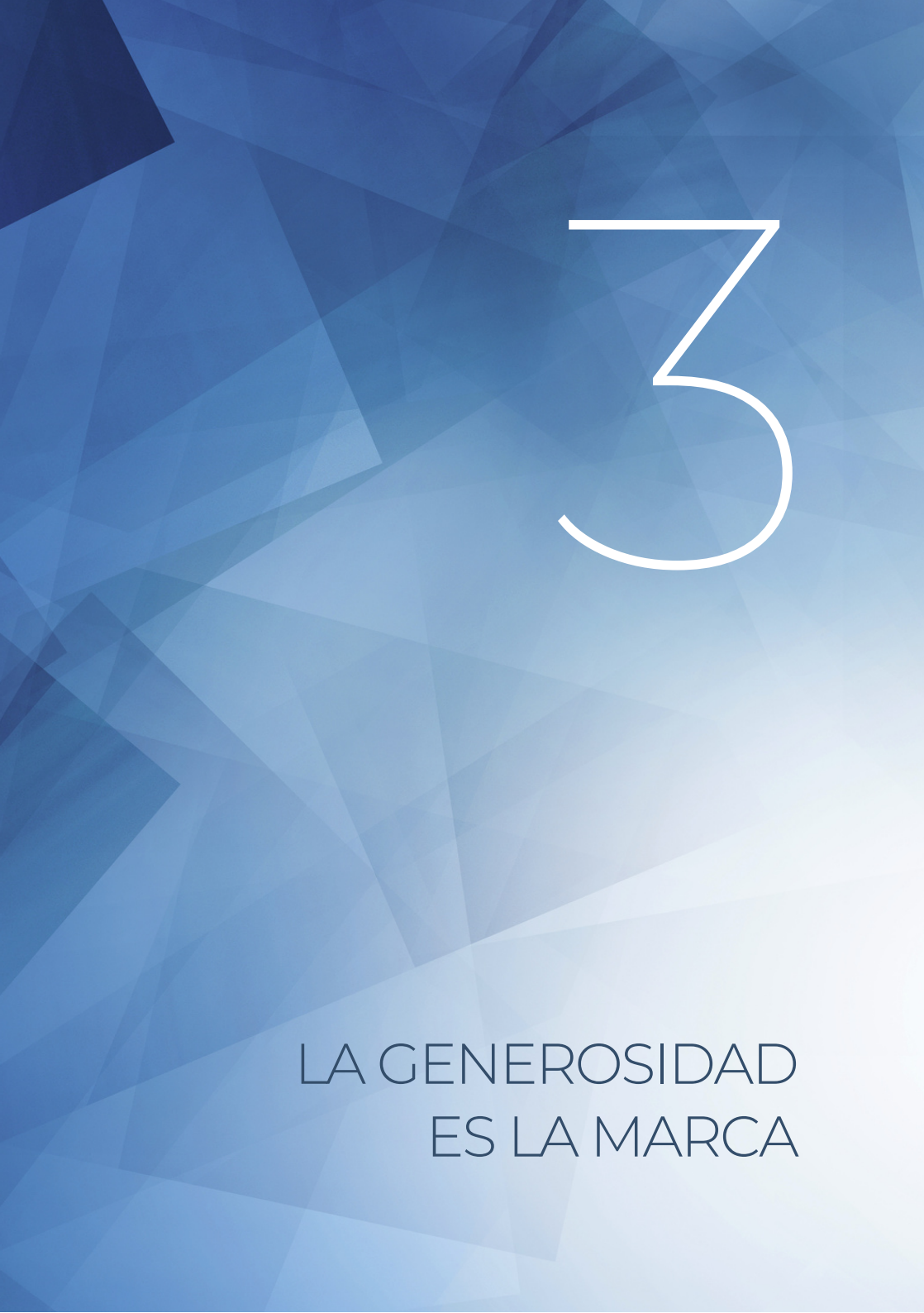
Identifica a una persona esta semana que normalmente ignoras o evitas. Mírala. Escúchala. Dale tu atención. No tienes que resolver su vida. Solo sé alguien que ve.

2. El reto del “pregunta que importa”

Haz una pregunta genuina: “¿Cómo estás de verdad?” Y quédate para oír la respuesta. Sin consejos rápidos, sin cambiar de tema. A veces, escuchar bien vale más que hablar mucho.

3. El reto del “hazlo aunque interrumpa”

Cuando alguien se cruce en tu camino, y tú estés “a tope”, elige detenerte. Atender. Servir. Porque las personas son prioridad, no interrupciones. Jesús también tenía agenda... pero paraba por uno.

The background is a complex, abstract pattern of overlapping triangles in various shades of blue, ranging from dark navy to light sky blue. A large, white, stylized number '3' is positioned in the upper right quadrant of the image.

3

LA GENEROSIDAD
ES LA MARCA

LA GENEROSIDAD ES LA MARCA

Manos abiertas, corazón sin postreo

Hay días en los que la vida se siente como una cuenta bancaria al borde del descubierto. No solo hablo del dinero, sino del tiempo, la paciencia, la energía. Te levantas con la alarma sonando como si fuera una sirena de evacuación, corres al trabajo, te enfrentas a decisiones, broncas, prisas... y cuando llegas a casa, todavía hay cenas que preparar, facturas que pagar, hijos que atender, conversaciones pendientes que has ido dejando en la bandeja de entrada de tu alma.

En medio de ese tsunami diario, aparece este ideal cristiano que hemos escuchado mil veces: “Es mejor dar que recibir”. Y uno piensa: “Sí, claro... si me sobrara algo, encantado. Pero ahora mismo, estoy justo, y no solo de pasta”.

La generosidad suena bien en teoría, como esos valores que adornan las tazas de oficina o los posters de motivación, pero en la práctica... se siente como otro peso más que cargar.

Y, sin embargo, cuando miras a Jesús, te das cuenta de que Él no nos está llamando a dar desde lo que no tenemos. Nos está invitando a vivir desde lo que ya hemos recibido. Porque, si lo piensas, no hay nadie más generoso que Él. Lo dio todo. Su tiempo, su energía, su mirada, su amor, su sangre. No se reservó. No calculó. No lo hizo porque le sobraba. Lo hizo porque sabía quién era y de dónde venía. Él sabía que en el Reino de Dios, la abundancia no se mide en lo que retienes, sino en lo que sueltas.

La generosidad de Jesús no fue puntual. Fue su estilo de vida. Y eso cambia por completo la perspectiva. Porque no se trata de dar para ser buen tipo o acumular méritos espirituales. Se trata de entender que la generosidad no es un acto, es una identidad. Los hombres del Reino son generosos porque saben que ya fueron llenados hasta rebosar.

La historia de Jesús: La viuda la que lo dio todo

Jesús estaba en el templo, mirando cómo la gente entregaba sus ofrendas. Muchos ricos se acercaban, orgullosos, dejando caer sus monedas con ese sonido metálico que parecía decir: “Mira cuánto doy”. Pero entre todos, aparece una mujer viuda.

No tenía nada, solo dos moneditas ridículas. Y sin embargo, las echó en el arca. Todo su sustento. Todo lo que tenía para pasar ese día. Nadie lo notó. Nadie la aplaudió. Pero Jesús sí. Y les dice a sus discípulos: “Esta mujer ha dado más que todos los demás. Ellos dieron de lo que les sobraba. Ella dio desde su necesidad”.

Y aquí está lo fuerte: la generosidad, en el Reino, no se mide por la cantidad que das, sino por la confianza con la que lo haces. No es un asunto de euros. Es un asunto de fe.

Ella dio porque creyó que Dios no la iba a dejar tirada. Porque sabía que todo lo que tenía, lo tenía de Él, y si lo daba, no era una pérdida, era una declaración de fe.

En un mundo donde solo se valora lo grande, lo que brilla, lo que tiene eco, Jesús señala un acto escondido, pequeño, sin marketing... y lo eleva como ejemplo eterno. ¿Por qué?

Porque esa mujer vivió con las manos abiertas, aunque su bolsillo estuviera vacío. Dio, no porque era rica, sino porque sabía que su verdadera riqueza estaba en otro lado.

Por qué la generosidad debe ser nuestra marca

La generosidad no es un rasgo de personalidad. No depende de ser extrovertido, carismático o tener una cuenta bancaria generosa. Es una respuesta. Una respuesta a un Dios que no retuvo nada, que se entregó por completo, que se vació por amor.

Cuando Jesús hablaba del Reino, no lo describía como un sistema de acumulación o de competencia. Lo mostraba como una mesa donde todos caben, como un campo donde la semilla se reparte con abundancia, como un banquete donde los que no tienen nada son los primeros en entrar. En ese Reino, dar no es una pérdida, es una participación. Y cada acto de generosidad, por pequeño que parezca, es un reflejo del corazón del Padre.

Ser generosos no significa ser imprudentes ni desbordarnos sin límites. Significa vivir con la conciencia de que todo lo que somos y tenemos nos fue confiado para bendecir. No para aferrarnos a ello, sino para ponerlo al servicio del bien común. No porque nos sobre, sino porque confiamos en que Aquel que provee nunca se queda corto.

La generosidad, cuando nace del evangelio, no busca reconocimiento ni necesita aplausos.

Se expresa con sencillez, con libertad, con gozo. Y marca nuestras vidas no porque hagamos grandes gestos, sino porque dejamos que Dios use lo ordinario para algo eterno.

Aplicación personal:

Generosos en lo cotidiano, sin postureo

La generosidad real no empieza con un cheque, sino con una decisión. Una que se toma en el supermercado cuando decides comprar algo extra para alguien. En casa, cuando eliges escuchar a tu pareja o a tu hijo con atención aunque estés fundido. En el tráfico, cuando cedes el paso con cara de buena persona (aunque por dentro quieras gritar).

Aquí es donde la fe se mete en la agenda, en los presupuestos y en el estado de ánimo. Porque ser generoso no es tener muchas ganas, es elegir dar aunque no haya motivación viral detrás. Es levantarte un sábado para ayudar en una mudanza que no era tuya, o poner tu coche al servicio cuando preferirías no gastar gasolina.

La clave está en recordar que la generosidad es contagiosa. No solo transforma al otro. Te transforma a ti.

Porque cada vez que das desde la fe, en lo cotidiano y sin espectáculo, algo se afina dentro de ti. Algo se alinea más con el corazón de Dios.

Así que sí: abre las manos. Pero también el calendario, el oído, el corazón. Y hazlo sin necesidad de subirlo a redes. Sin postureo. Solo por el gozo de saber que estás viviendo como vivió Él.

En la iglesia: donde la generosidad se vuelve comunidad

Una iglesia generosa no es la que tiene más dinero. Es la que tiene más corazones dispuestos. Donde cada uno aporta desde lo que tiene, sin compararse con el otro, sin competir. Donde limpiar sillas, invitar a comer, escuchar con atención o preparar una reunión no es un trabajo pesado, sino una oportunidad para reflejar el corazón de Cristo.

Lo impresionante es que cuando eso ocurre, la comunidad se transforma. La generosidad contagia. Derrite barreras. Crea puentes. Fortalece vínculos. Y convierte los espacios comunes en tierra sagrada. No es solo dar una ofrenda. Es abrir tu vida. Es atreverte a mirar alrededor y decir: “¿A quién puedo bendecir hoy?”

Aunque no sea fácil. Aunque no te lo agradezcan.
Aunque no te lo devuelvan.

En la vida misional: amor que se nota

Si quieres que alguien que no conoce a Jesús te escuche, no empieces por predicarle. Empieza por ser generoso con él. No para manipularlo, sino porque eso es lo que hace un hombre del Reino.

A lo mejor es tu compañero de curro, tu vecino solitario, tu primo que siempre está a la defensiva. Quizá no quiera oír un sermón, pero sí va a notar cuando alguien se interesa sin segundas.

La generosidad es un idioma que se entiende en todos los dialectos. Es pagar el café. Es ofrecer ayuda. Es compartir algo valioso. Es tener tiempo para alguien cuando no lo tienes. Es acordarte de su nombre. Y cuando venga la pregunta del millón: “¿Por qué lo haces?”... la respuesta es sencilla: “Porque así me trató Cristo a mí.”

**“NO DAS PORQUE TE
SOBRA. DAS PORQUE
SABES QUE DIOS NUNCA
DEJA TUS MANOS
VACÍAS.”**

TRES RETOS PARA ESTA SEMANA

1. El reto del “doy antes de contar”

Aparta una cantidad esta semana (sí, incluso si es simbólica) y bendice a alguien. No esperes tener “de sobra”. La fe no empieza con el Excel, empieza con el corazón abierto.

2. El reto del “abre la puerta”

Invita a alguien a casa, a un café, al coche. Comparte tu espacio, tu comida, tu tiempo. Aunque no sea gourmet. Aunque no tengas sofá nuevo. Jesús tampoco tenía mesa de diseño... y aun así partía pan.

3. El reto del “hazlo sin aplausos”

Haz algo generoso esta semana sin contarlo. Sin redes sociales. Sin contárselo ni a tu grupo de hombres. Solo tú, Jesús... y la persona bendecida. El Reino se construye también en secreto.

The background is a complex, abstract pattern of overlapping triangles in various shades of blue, ranging from dark navy to light sky blue. A large, white, minimalist number '4' is positioned in the upper right quadrant of the image.

4

LA EXCELENCIA
ES EL ESTILO

LA EXCELENCIA ES EL ESTILO

No se trata de perfección, sino de propósito

Hay una escena común en muchos hombres: terminas una jornada larga, te quitas los zapatos, dejas caer el cuerpo en el sofá, y suspiras. No porque fue un mal día, sino porque fue uno más. Rutinario. Predecible. Cumpliste. Y sin embargo, en el fondo, algo te incomoda. Como si la vida estuviera llena de tareas cumplidas, pero vacía de significado.

Y es que a veces confundimos “cumplir” con “vivir bien”. Como si bastara con hacer lo justo, lo necesario, lo que se espera. Sin darnos cuenta, podemos ir perdiendo el arte de hacerlo todo con intención, con corazón, con excelencia. No por vanidad. No por reconocimiento. Sino porque representamos a un Rey, y lo que hacemos — desde una conversación casual hasta un proyecto en el trabajo o un servicio en la iglesia— es una oportunidad para reflejarlo.

La excelencia, entendida desde el Reino, no es elitismo ni competencia. Es una manera de vivir que dice: “Si esto lleva el nombre de Jesús, lo haré con lo mejor de mí”. No es presión; es privilegio. Es comprender que cada acto, por pequeño que sea, es un lienzo donde podemos dejar trazos del carácter de Dios.

La historia de Jesús: El perfume derramado

Una mujer entra en la casa. Todos la miran. Algunos con sorpresa, otros con juicio. Nadie la invitó, pero ella no vino por ellos. Vino por Él. En sus manos, una vasija de alabastro. En su corazón, una decisión firme: no se guardará nada.

La rompe. Deja que el perfume se derrame. Llena la habitación. Llena el aire. Llena los sentidos. Jesús no dice nada al principio. Pero cuando algunos comienzan a criticar —“¡qué desperdicio!”—, Él responde con claridad: *“Déjenla. Lo que ella hizo es hermoso. Me preparó para mi sepultura. Donde se predique el evangelio, se contará lo que ella hizo”* (Mateo 26:6-13).

Este acto no era necesario, al menos no en términos prácticos. Jesús no necesitaba perfume para ser amado. No pidió ese gesto.

Pero ella entendió algo que a muchos se les escapa: el amor no mide, no calcula. Da lo mejor.

Esa mujer —sin nombre, sin cargo, sin lugar en el protocolo— encarnó la esencia del Reino: la excelencia como una respuesta de amor. Lo que hizo fue extravagante, generoso, fino. No porque quería lucirse, sino porque para ella, Jesús merecía lo mejor. Siempre lo mejor.

Por qué la excelencia debe ser nuestro estilo

En el mundo que nos rodea, se valora la rapidez, la eficiencia, el resultado. Y muchas veces eso nos empuja a vivir con el mínimo esfuerzo necesario. Hacemos lo suficiente para que funcione, para que apruebe, para que pase. Pero el Reino tiene otra lógica: no vivimos solo para lograr cosas, sino para reflejar a alguien.

Cuando Pablo escribió: *“Y todo lo que hagáis, hacedlo de corazón, como para el Señor y no para los hombres”* (Colosenses 3:23), no estaba hablando solo de trabajo eclesial. Hablaba de la vida entera. De cómo barres tu casa, cómo lideras una reunión, cómo escuchas a tu hijo, cómo cumples un compromiso. Todo.

Y esa es la esencia de la excelencia en el Reino: no es hacer cosas espectaculares, sino hacer cada cosa con la conciencia de que representa a Jesús. De que lo que lleva su nombre merece intención, belleza, cuidado. Porque Él es digno. Porque fuimos creados no solo para funcionar, sino para florecer.

La excelencia no es perfección. No es rigidez ni obsesión por el detalle. Es vivir con una visión más alta, con un “por qué” que da sentido incluso a lo más pequeño. Es saber que lo que hacemos habla. Y nosotros hemos decidido que hable de Cristo.

Aplicación personal: Lo cotidiano como altar

Tal vez pienses: “Yo no tengo grandes talentos, no dirijo nada, no estoy en el escenario”. Pero ahí está el punto. La excelencia no empieza con lo visible, sino con lo invisible. Empieza cuando decides no hacer algo “a medias”. Cuando eliges cuidar tus palabras, terminar lo que empiezas, tratar a otros con respeto, llegar a la hora, cumplir una promesa, pedir perdón bien, no por obligación, sino porque sabes quién eres y a quién representas.

Un hombre del Reino no es el que hace cosas perfectas, sino el que hace lo ordinario con una intención extraordinaria.

El que entiende que preparar una cena para su familia, enviar un mensaje de aliento, mantener su palabra, servir donde nadie lo ve... todo eso es espiritual. Todo eso es sagrado.

La próxima vez que pienses “con esto basta”, hazte una pregunta sencilla: “¿Esto refleja al Rey que represento?”. Porque la excelencia no es una carga, es una oportunidad. Una forma de honrar. Un lenguaje que dice: “Jesús es valioso para mí, y por eso lo hago así”.

En la iglesia:

No lo hacemos para lucirnos, sino para amar

En la comunidad, la excelencia a veces se confunde con profesionalismo. Con “hacerlo bonito”. Pero no se trata de estética. Se trata de amor. De amar tanto a Dios y a las personas, que cuidamos cómo hacemos las cosas. No para que hablen bien de nosotros, sino para que nadie se distraiga de lo esencial.

Una reunión que empiece a tiempo, una canción bien ensayada, una predicación preparada con esmero, un salón limpio, una gráfica bien hecha, una bienvenida cálida... todo eso predica. Todo eso habla.

Y lo que dice es: “Este lugar está marcado por un estilo diferente, porque aquí amamos con excelencia”.

En vez de competir con lo que otras iglesias hacen, o imitar modelos ajenos, la excelencia del Reino es simple: hacer con amor lo que a ti te toca. Dar lo mejor de ti, no porque alguien te mida, sino porque representas al Rey. Porque la iglesia no es un show, es un hogar. Y en un hogar, lo hermoso no es lo perfecto, sino lo cuidado.

En la vida misional: Una diferencia que se nota

Muchos hombres tienen resistencia al evangelio no por lo que oyen, sino por lo que ven. Porque conocen cristianos que hablan mucho, pero no viven distinto. Y es ahí donde la excelencia —silenciosa, coherente, firme— se vuelve una forma de predicar.

Cuando eres el que cumple lo que promete, el que respeta aunque no esté de acuerdo, el que trabaja con dedicación, el que sirve sin quejarse, el que no se conforma con la mediocridad, estás dejando una huella. Estás diciendo con hechos: “Mi fe afecta mi manera de vivir”.

Tus compañeros lo notan. Tus hijos lo absorben. Tu pareja lo siente. No necesitas ser perfecto, pero sí intencional. Y cuando ellos te pregunten por qué lo haces así, ahí es donde puedes hablar. Ahí es donde la excelencia abre puertas para que el evangelio entre.

Porque la excelencia no es solo un estilo de trabajo. Es un estilo de Reino. Es la manera en que Jesús vivió y amó. Y es la forma en que nosotros — hombres que llevamos su nombre— elegimos vivir.

**“LO ORDINARIO SE
VUELVE SAGRADO
CUANDO LO HACES
COMO SI FUERA PARA
JESÚS... PORQUE LO ES.”**

TRES RETOS PARA ESTA SEMANA

1. El reto del “basta de chapuzas”

Haz algo esta semana (lo que sea: tu trabajo, una tarea en casa, un servicio en la iglesia) con excelencia. No solo “cumple”, hazlo como para el Rey. Sin quejarte, sin cortar esquinas. Aunque nadie lo vea, hazlo como si Jesús fuera el jefe que firma el informe.

2. El reto del “no lo dejo para después”

Tienes pendiente algo que has estado postergando. Hazlo. Esta semana. Ese mail, esa disculpa, esa mejora que dijiste que harías. Hazlo con intención, como testimonio. Porque en el Reino no brillamos por hacer mucho, sino por hacer bien.

3. El reto del “mejor versión”

Identifica una parte de tu vida que necesita subir de nivel. ¿Tu puntualidad? ¿Tu actitud en casa? ¿Tu cuidado personal? Escoge una, y trabaja en ella esta semana. No para lucirte, sino para honrar al Dios que te diseñó con propósito y excelencia.

The background is a complex, abstract pattern of overlapping triangles in various shades of blue, ranging from dark navy to light sky blue. A large, white, sans-serif number '5' is positioned in the upper right quadrant of the image.

5

EL SERVICIO
ES LA PASIÓN

EL SERVICIO ES LA PASIÓN

¿Otra vez yo?

Hay días en los que uno llega a casa con la energía en rojo. El cuerpo pide sofá, la mente silencio, el alma descanso. Pero justo ahí, suena el teléfono, llega una petición, alguien necesita algo, o simplemente surge un imprevisto. Y sin darte cuenta, vuelves a estar en marcha. Una parte de ti lo hace con gusto... pero otra, si fuera honesta, querría desaparecer.

El corazón murmura: “¿Otra vez yo?”, “¿Es que nadie más puede?”.

Y ahí es donde se revela si el servicio es una obligación... o una pasión.

Porque sí, servir cansa. Implica renuncia. Desacomoda. Y a veces hasta duele. Pero si solo servimos cuando nos sobra tiempo o energía, no hemos entendido de qué se trata seguir a Jesús. Porque para Él, el servicio no era una actividad secundaria, sino el lenguaje natural de su amor.

Cuando el evangelio cala hondo, algo cambia. Ya no servimos por presión ni por reconocimiento, sino porque amamos. Porque hemos sido amados. Porque algo en nosotros arde cuando vemos una necesidad y sabemos que podemos hacer algo. Servir se convierte en respuesta, no en estrategia; en estilo de vida, no en deber. Y en ese lugar, descubrimos algo inesperado: que hay gozo en dar, más que en recibir.

La historia de Jesús: El Maestro con la toalla

Pocas escenas nos muestran con tanta claridad el corazón de Jesús como aquella en la que, sabiendo que le quedaban solo horas de vida, se quitó su manto, se ciñó una toalla, tomó una palangana con agua... y lavó los pies sucios de sus discípulos (Juan 13).

Era la última cena. Si había un momento para ser servido, era ese. Si había razones para pensar en sí mismo, las tenía todas. Pero Jesús no vivía para ser atendido. Vivía para dar. Para inclinarse. Para abrazar incluso lo que la sociedad despreciaba.

Pedro no lo entendió. “Tú no me vas a lavar los pies a mí”, le dijo. Y Jesús, con una ternura firme, le explicó: “Si no te lavo, no tienes parte conmigo”.

Ese acto fue más que una lección de humildad. Fue una revolución. El Maestro no solo enseñaba con parábolas, lo hacía con acciones que gritaban más fuerte que cualquier sermón. Al lavar pies, estaba mostrando que el camino del Reino pasa por el suelo, no por la plataforma.

Y al final, les dijo algo que resuena hasta hoy: “Les he dado ejemplo, para que hagan lo mismo que yo hice con ustedes”. El servicio no era opcional, era el ADN del discipulado. No algo para los débiles, sino para los verdaderamente fuertes.

Por qué el servicio debe ser nuestra pasión

En un mundo que valora la comodidad, el protagonismo y el reconocimiento, hablar de servicio como pasión suena casi ilógico. Pero en el Reino, la lógica es otra. Jesús redefine la grandeza: *“El mayor entre ustedes será el que sirva”* (Mateo 23:11).

¿Y por qué pasión? Porque cuando entiendes quién es Jesús y lo que hizo por ti, servir deja de ser sacrificio y se convierte en privilegio. Porque el corazón encendido por el evangelio no puede quedarse quieto. Quiere moverse, entregarse, hacer algo que refleje lo que ha recibido.

Servir no es solo hacer cosas. Es una postura interior. Una decisión diaria de decir: “Estoy disponible”. No para figurar, ni para ganarme algo. Sino porque amo. Porque el amor que recibí no me cabe dentro. Porque cuando veo una necesidad, mi alma no se queda indiferente.

Y sí, muchas veces nadie lo ve. A menudo nadie lo agradece. Pero ahí es donde más se parece a Jesús. Porque Él sirvió sin cámaras, sin méritos, sin aplausos. Y nunca dejó de hacerlo.

Aplicación personal: La toalla lista, siempre

Quizá no te sientes “el más servicial”. Tal vez tu carácter es más de acción que de atención. Pero servir no tiene que ver con tu personalidad, sino con tu identidad. No es algo que haces... es alguien en quien te conviertes.

Cuando ayudas a tu esposa sin que te lo pida. Cuando te arrodillas a jugar con tus hijos aunque estés agotado. Cuando escuchas al compañero de trabajo sin interrumpir. Cuando preparas una comida para alguien sin esperar nada a cambio. Todo eso predica.

Servir no es solo en la iglesia, es en casa, en la calle, en el WhatsApp.

Es elegir la entrega por encima del orgullo. La empatía por encima de la indiferencia. La acción por encima del discurso.

Y cuando se vuelve tu pasión, algo cambia. Ya no lo haces por obligación, sino porque sabes que ahí — en el gesto más sencillo— está el reflejo del corazón de Jesús. Sirves porque ya no puedes no hacerlo. Porque tu alma encontró propósito en dar.

En la iglesia: Todos jugamos, nadie solo mira

Una comunidad saludable no se construye con consumidores, sino con colaboradores. Y eso empieza cuando entendemos que todos tenemos algo que ofrecer. No importa si eres nuevo o veterano, joven o mayor, tímido o extrovertido: hay espacio para ti.

El servicio en la iglesia no se trata solo de cubrir huecos, sino de expresar amor. Preparar sillas, organizar equipos, cuidar niños, abrir tu casa, orar con otros, servir café, hacer música, limpiar el baño. Todo eso cuenta. Todo eso transforma. Todo eso predica.

Cuando el servicio se convierte en cultura, la iglesia deja de ser un evento y se vuelve una familia.

Un lugar donde nadie se siente indispensable, pero todos se sienten importantes. Donde cada acto de entrega refleja la pasión de Jesús en nosotros.

En la vida misional:

El evangelio se palpa, no solo se predica

Nuestro mundo está lleno de palabras vacías. De discursos bonitos sin acciones que los respalden. Por eso, cuando un hombre sirve con sinceridad, algo impacta. Se nota. Porque es raro. Porque va contra la corriente.

Y es ahí donde tu vida se convierte en mensaje. No solo por lo que dices, sino por cómo vives. La vecina que nota que le ayudas sin esperar algo. El colega que ve cómo das tiempo a los demás sin quejarte. El amigo que te pide consejo porque sabe que estás presente.

El servicio cotidiano es una forma silenciosa pero poderosa de misión. Porque lleva el evangelio a las aceras, a los pasillos de oficina, al supermercado, al campo de fútbol. Y muchas veces, antes de que alguien escuche el mensaje... va a ver tu actitud.

**“EL QUE TIENE EL
CORAZÓN LLENO DE
CRISTO, NO ESPERA QUE
LE SIRVAN: SE
ARREMANGA Y SIRVE
PRIMERO.”**

TRES RETOS PARA ESTA SEMANA

1. El reto del “sí sin excusas”

Di “sí” a una petición o necesidad esta semana que normalmente evitarías. Ayuda a alguien sin justificarte, sin hacerlo a medias. El Reino no necesita estrellas, necesita siervos con corazón... y manos disponibles.

2. El reto del “silla invisible”

Ve a la iglesia y busca una tarea que nadie quiere hacer. Algo “invisible”. Algo que no lleva likes. Y hazlo con alegría. El que lavó pies también dijo: “Sígueme”.

3. El reto del “sirvo en casa también”

Esta semana, sirve intencionalmente en tu casa. Lava los platos, recoge sin que te lo pidan, cuida detalles. Sí, aunque estés cansado. Porque el ministerio empieza en el comedor, no solo en la iglesia.

The background is a complex, abstract pattern of overlapping triangles in various shades of blue, ranging from dark navy to light sky blue. A large, white, stylized number '6' is positioned in the upper right quadrant of the image.

6

LA GRACIA ES
LA RESPUESTA

LA GRACIA ES LA RESPUESTA

Cuando fallamos... y no sabemos qué hacer

Hay momentos en los que uno simplemente no da la talla. Lo sabes en cuanto cruzas la puerta. Has hablado mal. Has reaccionado con dureza. Has ignorado lo que no deberías. Te prometiste hacerlo mejor esta vez... pero otra vez caíste. Y lo peor no es solo el error, sino la voz que viene después: “Decepcionaste a Dios. Eres un fraude. Mejor cállate y hazte a un lado”.

Es esa voz la que conoce bien nuestras heridas y las explota. Esa que mezcla media verdad con mucha mentira y logra que bajemos la cabeza y vivamos con vergüenza. A veces la disfrazamos de autocrítica o de “dureza espiritual”, pero en el fondo es condenación, no convicción. Y lo trágico es que muchos aprendimos a pensar que esa voz era la de Dios.

Pero no lo es. Porque cuando Dios habla, su verdad siempre viene envuelta en gracia. La gracia no suaviza el pecado ni lo excusa, pero sí restaura al pecador. No minimiza lo que hicimos, pero maximiza lo que Cristo hizo. Y cuando eso se entiende, se respira. Se descansa. Se vive diferente.

Responder con gracia —a ti mismo y a los demás— es elegir caminar al ritmo de Dios, no al ritmo del miedo. Es reconocer que el evangelio no es una segunda oportunidad para hacerlo bien, sino la buena noticia de que Jesús lo hizo perfecto en nuestro lugar.

La historia de Jesús: Pedro, la mirada y el fuego

No hay historia más humana y más llena de gracia que la de Pedro. Fanfarrón. Intenso. Leal... hasta que no lo fue. Aquel que prometió morir por Jesús terminó negándolo tres veces en cuestión de horas. Y no frente a soldados, sino frente a una criada. El mismo que juró nunca fallar, falló como los demás. Y el gallo cantó.

Pero lo más fuerte no fue el canto, sino la mirada. Lucas dice que, al negar por tercera vez, *“el Señor se volvió y miró a Pedro”* (Lucas 22:61). Y Pedro, al cruzarse con esa mirada, lloró amargamente.

Porque no era una mirada de reproche, sino de dolor profundo. De ese dolor que solo se siente cuando amas de verdad.

Uno pensaría que ahí terminó todo. Que Pedro quedó fuera del equipo. Que Jesús ya no contaría con él. Pero no. Días después, en la playa, Jesús lo buscó. Lo esperó con pan y pescado sobre las brasas. Y lo llamó por su nombre.

“¿Me amas, Pedro?” “No te pregunto si hiciste las cosas bien. Te pregunto si me amas.”

Y tres veces lo restauró. Una por cada negación. Esa escena no es solo para Pedro. Es para ti y para mí. Para cuando nos sentimos lejos. Para cuando creemos que ya no hay vuelta atrás. Jesús no viene a avergonzarte. Viene a desayunar contigo. A mirarte otra vez, no con decepción, sino con amor.

Porque la gracia no borra el pasado, pero lo redime. Y eso cambia todo.

Por qué la gracia debe ser nuestra respuesta

Porque fuimos salvados por gracia. Porque vivimos cada día sostenidos por gracia. Y porque cuando olvidamos eso, empezamos a exigirle a los demás lo que ni siquiera nosotros pudimos cumplir.

Un corazón que no ha sido impregnado de gracia se vuelve duro. Se compara, se justifica, condena rápido y perdona lento. Se centra en el mérito, en la disciplina, en el rendimiento. Pero un corazón lleno de gracia sabe que todo lo que es y tiene viene de un regalo inmerecido. Y eso lo cambia.

La gracia no te vuelve pasivo, te vuelve agradecido. No te hace permisivo, te hace compasivo. Porque sabes cuánto te han perdonado, y no puedes seguir viviendo con los puños cerrados ni con el ceño fruncido.

Responder con gracia no es excusar el pecado, sino acercarte al otro con la misma paciencia con la que Dios se acerca a ti. Es hablar con firmeza, sí, pero con ternura. Es corregir sin aplastar. Es recordar que el otro no es tu enemigo, ni tu proyecto de mejora personal. Es tu hermano. Y tú también necesitas gracia.

Aplicación personal:

Mirarse a uno mismo con los ojos de Dios

Quizás te cuesta darte gracia a ti mismo. Eres exigente, te sientes responsable de todo, y te castigas por lo que no logras. Tal vez piensas que si aflojas, te volverás débil o mediocre.

Pero eso no es fortaleza espiritual, es orgullo disfrazado de rectitud.

La verdadera fuerza está en admitir que no puedes... y aún así, seguir caminando sabiendo que Dios no te ama por lo que haces, sino porque estás en Cristo.

Y si Dios te trata con gracia, ¿quién eres tú para tratarte con desprecio?

Haz memoria. ¿Cuántas veces Dios te levantó cuando pensaste que todo se había acabado? ¿Cuántas veces te sostuvo cuando no tenías nada que ofrecer? Eso es gracia. Y eso es lo que necesitas seguir recibiendo... y dando.

Mira a tus hijos, a tu esposa, a tus amigos, a ti mismo... con esa mirada. No desde la frustración de lo que no fue, sino desde la esperanza de lo que Dios está haciendo. Él no ha terminado contigo. Y mientras tanto, el evangelio no exige perfección: regala perdón.

En la iglesia: Comunidades donde el juicio no tiene la última palabra

Muchas iglesias enseñan la gracia desde el púlpito, pero practican el juicio en los pasillos.

Y cuando eso pasa, la comunidad deja de sanar y empieza a herir. Porque donde la gracia no es cultura, la gente se esconde. Sonríe, sirve... pero no confiesa. Finge, pero no florece.

Queremos construir una iglesia donde los errores no sean condena de muerte, sino oportunidades de redención. Donde el que cae encuentra manos, no dedos acusadores. Donde la restauración no sea excepción, sino norma.

Eso empieza contigo. Con cómo hablas de los demás. Con cómo recibes a quien vuelve. Con cómo respondes al que te falla. La gracia que predicamos solo tiene poder si se encarna en nuestras relaciones.

Y cuando eso pasa, algo hermoso ocurre: la iglesia se convierte en un hogar. No perfecto, pero sí seguro. Un lugar donde la gente no tiene que fingir que todo va bien... porque sabe que será amada incluso cuando todo vaya mal.

En la vida misional:

La gracia como carta de presentación

La gente allá afuera ya conoce la culpa. La religión que exige pero no transforma.

El cristianismo que juzga, pero no se acerca. Lo que necesita ver —antes que cualquier argumento— es gracia encarnada. En ti. En cómo tratas. En cómo hablas. En cómo respondes al que no cree como tú, ni vive como tú, ni piensa como tú.

Mostrar gracia no es evitar la verdad, es ofrecerla desde un corazón roto y redimido. Es decir: “Yo también estuve lejos. Y si hoy estoy aquí, es por pura misericordia.” No ganas a nadie con superioridad moral. Pero puedes abrir muchas puertas con compasión.

Y quizás alguien se acerque un día no porque entendió todo, sino porque se sintió amado. Porque alguien como tú lo trató con la dignidad que viene del cielo.

**“LA GRACIA NO ES UNA
SEGUNDA
OPORTUNIDAD. ES EL
ABRAZO DE DIOS
CUANDO YA TE DISTE Y
DAS A OTRO POR
PERDIDO.”**

TRES RETOS PARA ESTA SEMANA

1. El reto del “respiro antes de reaccionar”

Cuando alguien te irrite (sí, va a pasar), respira. Cuenta hasta cinco. Ora rápido. Y responde con gracia. No con sarcasmo. No con la última palabra. Haz espacio para el Espíritu... antes de soltar la tuya.

2. El reto del “le doy la vuelta”

Recibiste una mala actitud. Esta semana, devuélvela con bondad. No porque “se lo merece”, sino porque tú tampoco merecías la cruz... y aun así, Jesús respondió con amor. Hazlo como testigo, no como víctima.

3. El reto del “gracia propia”

¿Fallaste? ¿La regaste? Esta semana, acepta la gracia de Dios para ti. No te auto-castigues. No te encierres en la culpa. Levántate, recibe el perdón... y sigue adelante como un hijo restaurado, no como un reo escapando.

The background is a complex, abstract pattern of overlapping triangles in various shades of blue, ranging from dark navy to light sky blue. A large, white, stylized number '7' is positioned in the upper right quadrant of the image.

7

LA INTEGRIDAD
ES LA IDENTIDAD

LA INTEGRIDAD ES LA IDENTIDAD

Lo que somos cuando nadie nos ve

Hay una pregunta que a veces nos persigue en silencio: ¿quién soy realmente cuando no hay nadie mirando? No cuando estoy sirviendo en la iglesia, ni cuando doy lo mejor de mí en el trabajo, ni siquiera cuando hablo con mi esposa o juego con mis hijos. Sino cuando estoy solo. Con mis pensamientos. Con mis deseos. Con mis decisiones más íntimas.

La integridad no se trata de reputación. Tampoco es solo moralidad. Es ser uno solo por dentro y por fuera. Es vivir sin máscaras, sin compartimientos secretos, sin discursos huecos. Es alinear lo que creo, lo que digo y lo que hago.

Pero en un mundo que premia la imagen más que el carácter, mantener la integridad es nadar contra la corriente. Es decirle no a lo fácil, a lo rápido, a lo conveniente. Es vivir con coherencia en una cultura donde todo es negociable.

Y, sin embargo, es ahí donde más brilla la luz del evangelio. Porque nuestra integridad no se basa en nuestro buen comportamiento, sino en la obra transformadora de Jesús. Él no solo perdonó nuestros pecados, sino que vino a rehacernos por dentro. A darnos un corazón nuevo, que no necesita ocultarse ni justificarse, porque descansa en la verdad.

La historia de Jesús: La tentación en el desierto

Antes de empezar su ministerio público, Jesús fue llevado al desierto. Cuarenta días sin comer. Cuarenta días de soledad. Cuarenta días de vulnerabilidad. Y justo ahí, cuando parecía más frágil, vino la prueba.

Satanás le ofreció lo que todos los hombres desean: pan cuando hay hambre, poder sin sufrimiento, validación sin cruz. Y Jesús pudo haber dicho sí. Nadie lo estaba viendo. No había testigos. No habría escándalo. Pero sí habría traición... a su Padre y a su propósito.

Jesús eligió mantenerse íntegro. Respondió con las Escrituras, no con conveniencias. No cayó en la trampa del atajo ni en el juego de las apariencias. Eligió el camino largo, difícil, pero verdadero. Porque sabía quién era.

Sabía a quién pertenecía. Sabía cuál era su misión.

Esa integridad silenciosa en el desierto fue el cimiento de todo lo que vino después. Su autoridad no nació en los milagros, sino en su coherencia. Por eso, cuando hablaba, la gente decía: “Este habla con autoridad”. Porque su vida respaldaba cada palabra.

Y si queremos seguirle, tenemos que empezar ahí: en los lugares ocultos, en los momentos en que nadie nos ve, en las decisiones que no salen en redes ni se celebran en público. Ahí donde solo Dios y tú saben la verdad.

Por qué la integridad debe ser nuestra identidad

Porque vivimos en un tiempo donde todo es negociable. Donde el mensaje es: “Haz lo que tengas que hacer, mientras funcione”. Pero el llamado de Dios es diferente: “*Sé santo, porque Yo soy santo*” (1 Pedro 1:16). No para presumir, sino para reflejarlo.

La integridad no es solo una conducta correcta. Es una vida sin doblez. Es elegir la verdad aunque duela, la pureza aunque cueste, la fidelidad aunque nadie lo aplauda.

Es decirle a Dios: “Quiero que me transformes de tal manera que lo que ven los demás sea simplemente un reflejo de lo que ya soy contigo”.

Es tener el mismo rostro en la iglesia y en casa. En el trabajo y en el navegador de tu móvil. En el trato con tu esposa y en las conversaciones con tus amigos. Y cuando eso no ocurre —porque sí, todos fallamos— la integridad también sabe reconocerlo. Pedir perdón. Volver a empezar. No desde la vergüenza, sino desde la humildad.

Porque integridad no es perfección. Es transparencia. Es vivir con cuentas claras con Dios y con los demás. Es entender que el evangelio no solo nos salva del castigo, sino que nos capacita para vivir una vida nueva, real, entera.

Aplicación personal: **Coherencia, no solo conducta**

Puede que en tu vida haya áreas donde sientas que no hay coherencia. Donde aparentas más de lo que vives. Donde justificas decisiones que, en el fondo, sabes que no honran a Dios. Quizá sea una relación que cruzó límites. O la forma en que manejas el dinero. O el tipo de contenido con el que alimentas tu mente.

No es necesario esconderte. Jesús ya conoce cada rincón. Y no viene a señalarte con desprecio, sino a invitarte a ser íntegro desde adentro. A dejar que su gracia no solo te limpie, sino que te reconstruya. A ser un hombre libre, porque no tiene nada que ocultar.

La verdadera integridad no nace del esfuerzo por portarse bien, sino del deseo profundo de reflejar al que te amó primero. No es un sistema de control, es una identidad. Y cuando eso cala hondo, empiezas a tomar decisiones diferentes. No para ser mejor que otros, sino para ser fiel al llamado de ser como Jesús.

Y en ese proceso, vas a necesitar valor. Porque ser íntegro a veces implicará perder. Perder una oportunidad. Una aprobación. Una excusa. Pero cada pérdida te conectará con lo eterno. Con lo que sí vale la pena.

En la iglesia:

Hombres íntegros, iglesias confiables

Las iglesias no se construyen solo con talento, visión o liderazgo. Se construyen con integridad. Con hombres que viven lo que predicán. Que no necesitan esconder pecados ni maquillar errores, porque entienden que la iglesia no es una vitrina

de perfección, sino un taller de transformación.

Cuando un hombre camina con integridad, su vida inspira. No por lo que logra, sino por lo que encarna. Porque transmite paz. Seguridad. Transparencia. Porque no vende humo, ni actúa para impresionar. Es real.

Y eso crea ambientes sanos. Equipos que confían. Discipulados que florecen. Matrimonios que se restauran. Cuando la integridad es parte del ADN, la iglesia se vuelve un lugar confiable. Donde la gente no solo escucha verdades, sino que las ve en acción.

Por eso, tu integridad no es solo un asunto personal. Es parte del testimonio de la comunidad. De lo que otros perciben cuando entran. De lo que tus hijos aprenderán al verte. De lo que el mundo creerá de Jesús al observarte a ti.

En la vida misional:

Testimonio que pesa más que mil palabras

En un mundo saturado de discursos, la coherencia se vuelve un mensaje poderoso. No necesitas impresionar con teología avanzada. Basta con vivir lo que crees. Que tu palabra sea confiable. Que tu trato sea limpio.

Que tus reacciones hablen más fuerte que tus opiniones.

Hay personas a tu alrededor que te observan. En el trabajo. En tu círculo de amigos. En tu comunidad. Tal vez no han abierto una Biblia, pero están leyendo tu vida. Y lo que más los impactará no será tu capacidad de convencerlos, sino tu forma de vivir con integridad en medio de un mundo de hipocresía.

La misión comienza ahí. En lo cotidiano. En pagar a tiempo. En hablar con verdad. En honrar tus compromisos. En cuidar lo que ves. En ser el mismo cuando estás solo que cuando estás con otros.

Y cuando falles —porque fallarás— que tu reacción también hable de integridad: reconocer el error, pedir perdón, restaurar lo roto. Porque eso también es evangelio. Y eso también es misión.

**“CUANDO LO DE DENTRO
Y LO DE FUERA CAMINAN
JUNTOS, DIOS BRILLA A
TRAVÉS DE TI SIN
FILTROS.”**

TRES RETOS PARA ESTA SEMANA

1. El reto del “soy el mismo en todos lados”

Sé coherente esta semana. En casa, en el trabajo, en WhatsApp. Que tus palabras, decisiones y actitudes reflejen el mismo corazón, estés donde estés. Jesús no cambia según la audiencia. Tú tampoco.

2. El reto del “cuenta conmigo”

Cumple una promesa que hiciste. Aunque sea pequeña. Porque en el Reino, el “sí” es sí. Honra tu palabra como si fueras embajador del Rey... porque lo eres.

3. El reto del “corta con lo que te divide”

Si hay algo que estás tolerando y sabes que compromete tu integridad (una mentira, un hábito, una relación turbia), enfréntalo esta semana. No solo para “sentirte mejor”, sino para vivir alineado con tu identidad de hombre del Reino.

EPÍLOGO

No termina aquí...

Si has llegado hasta aquí, ¡bravo! No solo por haber leído hasta el final, sino porque has dado un paso intencional hacia una vida más centrada en Jesús, más parecida a su reino y más comprometida con su propósito. Pero este libro no fue escrito para que lo termines... sino para que lo empieces a vivir.

Este no es el punto final. Es el inicio de algo que se construye paso a paso, valor por valor, día tras día.

Porque el Reino de Dios no se proclama solo desde un púlpito. Se vive en la cocina, en la oficina, en el WhatsApp del grupo de padres, en una conversación incómoda, en una sonrisa dada cuando no tenías ganas. Se vive cuando eliges responder con gracia en lugar de ira. Cuando decides servir en vez de esperar. Cuando priorizas personas sobre agendas. Cuando tu integridad no depende de quién te mire, sino de quién te salvó.

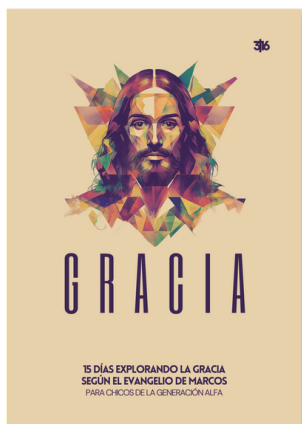
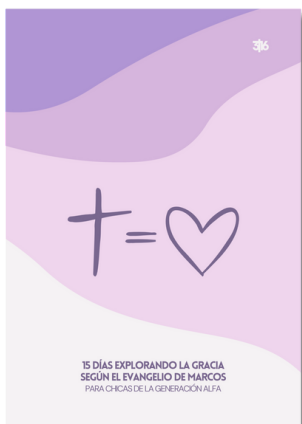
Quizá te sientas lejos de vivir todo esto como quisieras. Tranquilo. Todos estamos en construcción. Jesús no busca discípulos perfectos. Busca hombres disponibles, rendidos y sinceros, que aunque caigan, no dejen de seguirle. Que se atrevan a vivir como ciudadanos del Reino en un mundo que a menudo camina en dirección contraria.

Así que, sigue adelante. Vuelve a repasar un capítulo si lo necesitas. Habla de esto con tu grupo. Comparte los retos con otros hombres del Reino. Ora, ríe, falla, levántate. Sigue creciendo.

Y cada vez que dudes, vuelve al principio: Jesús es el centro. Su gracia es más que suficiente. Y tú formas parte de Su misión.

Nos vemos en el camino.

—Hans Andereya y el equipo de Tres|Dieciséis



¿Quieres más recursos como este?

Descubre materiales adicionales, guías, devocionales y herramientas para seguir creciendo en tu fe, en nuestra página:

www.i316.org/recursos



FORMANDO UNA
DENT|DAD DE RE|NO

316
TRES|DIECISÉIS